

aún á ejecutar atentado alguno contra Él, por causa de la admiración en que el pueblo le tenía por su doctrina y por los muchos enfermos y necesitados que diariamente venían á buscarle para que los curase y para que los socorriera en sus necesidades. Hasta los mismos niños, repitiendo lo que oían, gritaban en el Templo, diciendo : « ¡Hosanna al Hijo de David! » Y uno de los fariseos, al ver así á la infancia, dijo á Jesús : « ¿Lo oyes tú? » Jesús respondió que lo oía, y que en eso se cumplía lo que estaba anunciado por un profeta : « De los labios de los niños sacará Él la perfección de sus alabanzas. »

EL ÚLTIMO DÍA EN EL TEMPLO

Al día siguiente de haber arrojado del Templo á los que le profanaban, volvió Jesús á él; y estando enseñando, como lo tenía por costumbre, dijo á sus discípulos : « Es llegada la hora en que el Hijo del Hombre debe ser glorificado. » Esa hora era la de su muerte, como lo declaró, añadiendo : « En verdad os digo que si el grano de trigo, cuando cae sobre la tierra, no muere, entonces se queda solo y estéril; pero si muere, entonces produce mucho y se multiplica. » Sin embargo de eso, al aproximarse la hora de la muerte, permitió el Hijo de Dios que la naturaleza humana sintiera los efectos de su flaqueza y condición; y en virtud de esa permisión sintió una especie de agonía anticipada, durante la cual, suspirando, decía : « Mi alma

está ahora turbada; pero ¿qué diré yo? Diré : Padre mío, libradme de aquella hora. Mas es precisamente para esa hora por lo que yo he venido. ¡Padre mío, glorifica tu nombre! » Entonces se oyó una voz del cielo, parecida al ruido de un trueno, que decía : « Yo le he glorificado y le glorificaré todavía más. » Y al oír esta voz dijeron muchos de los que allí había que el ruido que se sentía era el de un ángel que le hablaba, á lo que contestó Jesús : « No ha sido por mí, sino por vosotros, la voz que se acaba de oír. Ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera; y cuando yo sea exaltado sobre la tierra, atraeré á mí todas las cosas. »

Una voz que salió de entre la multitud de gente que allí había reunida, y que oyó Jesús, dijo : « Nosotros sabemos que el Cristo debe permanecer eternamente; y, por tanto, ¿cómo dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea elevado en alto? ¿Quién es ese Hijo del Hombre? » El Cristo eterno estaba delante de aquellas gentes, lo habían visto, en cierto modo, pocas horas antes, pero querían su reino y no su cruz; querían su gloria, predicha por los Profetas, pero no sus padecimientos, aunque habían sido igualmente anunciados. El Salvador, que frecuentemente les había ya dado instrucciones sobre este punto, no contestó más que con algunas palabras, más propias para sostener en la fe á sus discípulos que para reprimir su incredulidad. « Vosotros tenéis, les dijo, la luz por un poco de tiempo. Caminad mientras tengáis luz, no sea que venga la noche á

sorprenderos. El que anda en las tinieblas ignora adónde va. Mientras que tengáis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz.»

Á pesar de los muchos milagros que los judíos habían visto y que no podían negar, no creían y perseveraban en la ceguera que les había predicho Isaías. Sin embargo de eso, Jesús no cesaba de abrirles y de facilitarles el camino para creer y de prodigarles la luz para ver, y á los que eran tímidos les decía: *«Aquel que cree en mí, no es en mí en quien cree, sino en Aquel que me ha enviado; y quien me ve á mí, ve á Aquel que me ha enviado.»* Y á los incrédulos les hablaba de esta manera: *«Aquel que me desprecia y no recibe mis palabras, ya está juzgado. La misma palabra que yo he anunciado será quien le juzgará en el último día, porque mi Padre me ha prescrito lo que yo he de decir, y lo que Él prescribe es la eterna verdad. Por tanto, las cosas que yo anuncio las digo como mi Padre me las ha dicho.»*

Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y algunos de los ancianos, fingiendo no comprender lo que Jesús les decía, le interpellaron en presencia del pueblo, diciendo: *«Estas cosas que tú haces, ¿en virtud de qué autoridad las haces? ¿Quién te ha dado poder para hacerlas?»* Ya antes le habían hecho una pregunta semejante, y á la respuesta que les dió contestaron amenazándole con arrojarle piedras. Eso no obstante, Jesús les prometió satisfacerles cuando ellos dijeran si el bautismo de

Juan le creían ellos del cielo ó de los hombres, sobre lo cual se encontraron muy comprometidos, temiendo las razones y argumentos de Jesús si reconocían la misión legítima de Juan, y temiendo también la cólera del pueblo si la negaban, y se contentaron con decir que no sabían de dónde era ese bautismo. *«Entonces, dijo Jesús, yo no os diré tampoco en virtud de qué autoridad obro yo.»* Sin embargo, no quiso Jesús dejar sin correctivo á estos embusteros, que exteriormente afectaban amor á la justicia, siendo así que la despreciaban y aborrecían en el fondo de su corazón. *«En verdad, les dijo, los publicanos y las mujeres de mala vida entrarán antes que vosotros en el reino de Dios, porque Juan vino á vosotros en el camino de la justicia, y vosotros no le habéis creído, mientras que los publicanos y las mujeres perdidas le han dado crédito; y viéndoles vosotros convertidos, no les habéis imitado.»* No contento Jesús con decirles esto, para demostrarles más claramente las funestas consecuencias del desprecio de la verdad y obligarles á confesar la justicia del castigo en que iban á incurrir, les propuso la amenazadora parábola de los colonos de la viña.

«En un lejano país habitaba un padre de familia, y envió á uno de sus criados á recibir el producto de una viña de su propiedad, y los trabajadores le golpearon y despidieron con las manos vacías; el padre de familia envió un segundo criado con el mismo fin, y los colonos le llenaron de heridas; fué enviado un tercer criado, y le mataron; todavía fueron enviados

»otros con el mismo objeto, y fueron tratados de la misma manera. Por fin el padre de familia envió su único y muy querido hijo, creyendo que los colonos le recibirían con respeto; pero sucedió todo lo contrario, pues al verle dijeron: Este es el heredero; matémosle, y nosotros poseeremos la heredad. Y al momento le arrojaron de la viña y le mataron. Ahora bien, dijo Jesús dirigiéndose á los judíos, cuando venga el mismo dueño de la viña, ¿qué hará con estos colonos?» Y los judíos respondieron: «Hará perecer á los malos y arrendará su viña á otros que le den los frutos de ella.—Verdad es, replicó Jesús; vendrá, hará perecer á los malos, y dará su viña á otros colonos.»

La majestad que resplandecía en Jesús cuando decía esas palabras hizo comprender á los judíos que ellos mismos habían pronunciado el decreto de su propia condenación, puesto que habían despreciado y asesinado á los Profetas y se preparaban para hacer morir también al Hijo único; y sobrecogidos de terror, exclamaron: «¡No es del agrado de Dios!» Y dirigiéndoles Jesús una mirada, les preguntó si ignoraban lo que estaba escrito, y les recitó este versículo de la Escritura, que los judíos interpretaban unánimemente acerca del Mesías: «*La piedra que han despreciado los que edificaban ha venido á ser la piedra principal del ángulo. Esto es obra del Señor, y nosotros la admiramos.*» Además, es llamado Jesucristo la piedra fundamental y la llave de la cúpula ó remate del edificio. Se

llama piedra angular en cuanto que junta dos paredes que antes estaban divididas y separadas, cuales eran los dos pueblos judío y gentil, en un solo edificio. También añadió Jesús: «*El reino de Dios os será quitado y será dado á otros que den sus frutos. El que caiga sobre esta piedra angular será despedazado, y aquel sobre quien ella caiga será aplastado.*»

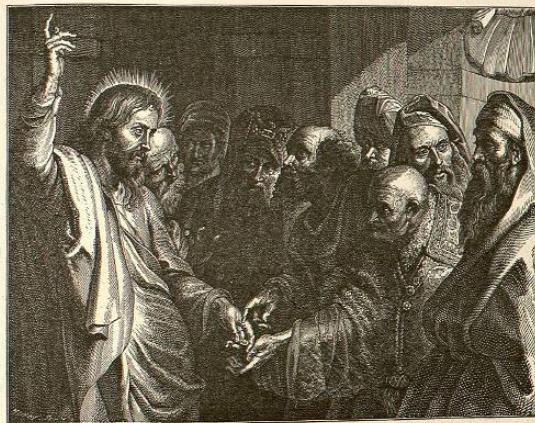


Lámina 84.—Los fariseos vienen á preguntar á Jesús si era lícito ó no pagar tributo al César; y habiendo dicho Jesús que le presentasen una moneda con la que se pagaba el tributo, respondió: «*Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.*»—Cuadro de la escuela de Rubens, que se conserva en el Museo del Louvre, y data del siglo XVII.

Los fariseos comprendieron muy bien que Jesús hablaba de ellos; pero nada se atrevían á hacer, porque el temor que les inspiraba el pueblo les obligaba á guardar respeto.

No pudiendo ellos separar de Jesús ese pueblo ante el cual había dicho siempre la verdad y la razón, sin jamás adularle, intentaron por segunda vez comprometerle sobre una cuestión

política; y al efecto, vinieron á Él alabando y elogiando su sinceridad y su valor, y le preguntaron si era ó no lícito pagar tributo al César. Se puede juzgar de la gravedad y trascendencia de esta pregunta, y sobre todo, en aquellas circunstancias y tratándose de un pueblo vencido y descontento, con sólo considerar la importancia que en todos los países ha tenido á los ojos de los súbditos y ante el criterio de los soberanos. Según la respuesta que diera Jesús, así los fariseos se preparaban á declararse ellos mismos patriotas entusiastas ó partidarios decididos del César; á deshonrarle públicamente ante el pueblo, ó á denunciarle culpable ante el representante del emperador. Jesús, viendo su malicia, les dijo : «*Hipócritas, ¿por qué intentáis sorprenderme?*» Y seguidamente contestó á su pregunta, no tanto por confundirles como por instruir á su Iglesia. Hizo que le presentaran una moneda que servía para pagar el tributo; y habiéndose informado de ellos mismos de que la imagen ó busto que tenía la moneda era del César, dijo : «*Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.*»

La Iglesia ha comprendido bien é interpretado debidamente esa autorizada voz del divino Maestro; pero, por lo que toca á los fariseos, no sucedió así, pues ellos esperaban que se hubiese puesto de parte de la rebelión, en la que secretamente estaban ellos mismos comprometidos, para de ese modo haberle podido denunciar al príncipe; ó que se hubiera declarado á favor del César, y en ese caso le hubieran denunciado al pueblo;

pero se convencieron una vez más que no podían oscurecer su justicia ni sorprender su prudencia, y, por tanto, que no había contra Él otra razón ni argumento que quitarle la vida.

La conspiración de los fariseos en nada alteraba la tranquilidad de Jesús, pues, lleno de paz y serenidad, continuaba instruyendo á sus discípulos, al pueblo y á sus más perversos enemigos; confirmaba el dogma de la resurrección contra los saduceos; renovaba sus enseñanzas sobre el conocimiento y amor de Dios, sobre el culto, sobre la oración, é insistía sobre la virtud de la caridad. Todo esto era como su testamento; y después de transcurridos diecinueve siglos, y de haber surgido en el mundo tantas catástrofes sociales, tantas guerras, tantos errores y aberraciones y tantos progresos en las ciencias y en las artes, la inteligencia humana, meditando y profundizando el sentido de las palabras que pronunció Jesús durante sus últimos días, no ha encontrado en ninguna parte filosofía tan sublime, moral tan perfecta, ni alimento más delicado para nutrir las facultades del alma, para elevarlas y rodearlas de dignidad.

Un fariseo le preguntó cuál era el gran mandamiento, y Jesús le contestó : «*El Señor, vuestro Dios, es el solo Dios, y vosotros le amaréis con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas. Este es el primero y el más grande de los mandamientos; pero hay todavía un segundo semejante á él, y es : Amaréis á vuestro prójimo como á vosotros mismos; y no hay otro precepto que sea mayor que*

esos dos, pues toda la Ley y los Profetas se reducen á esos dos preceptos.» El fariseo alabó esta respuesta, y añadió que el amar al prójimo era mayor que todos los sacrificios y holocaustos, y Jesús entonces le dijo : « *Tú no estás lejos del reino de Dios.* »

Esa fué la última vez que los fariseos, siempre vencidos por la ciencia y sabiduría del Salvador, se atrevieron á dirigirle preguntas; pero Jesús, á su vez, se las hizo á ellos, diciéndoles : « *¿Qué pensáis vosotros acerca del Cristo? ¿De quién es hijo?* » Y ellos contestaron que era de David. « *Entonces*, replicó Jesús,

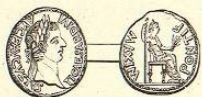


Lámina 85.—Moneda de Tiberio con esta inscripción : Tiberio César, hijo del divino Augusto.
Se conserva en el Gabinete de medallas de París.

« *¿cómo es que el mismo David, inspirado por el Espíritu Santo, le llama su Señor? Pues está escrito en el libro de los Salmos : El Señor dijo á mi Señor : Siéntate á mi derecha. Y, por tanto, si David le llama Señor, ¿cómo puede ser el Señor hijo de David?* » Los fariseos no supieron responder á esta pregunta.

Al mismo tiempo que los fariseos aborrecían á Jesús, no ignoraban ni podían ignorar detalle alguno de su origen y de su vida; y así conocían perfectamente que era hijo de David, y no lo negaban; pero no querían reconocerle como el Mesías, ni tampoco querían comprender, y ménos aún confesar, que, como

Dios, era también el Señor del mismo David, de quien tenía su origen por su generación temporal y humana; de manera que, con este modo de obrar, su incredulidad y su odio nacían una del otro y se aumentaban mutuamente.

Jesús dejó traslucir su indignación contra esos hipócritas arrogantes que engañaban al pueblo creyendo engañar á Dios, y querían también engañarse á sí mismos; y fulminó sobre ellos los formidables anatemas, bajo los cuales quedó y permanece deprimido su nombre. « *¡Maldición á vosotros, porque cerráis á los hombres el reino de los cielos : vosotros no entráis en él, y no dejáis tampoco entrar á los que se presentan para hacerlo! ¡Desgraciados de vosotros, que pagáis el diezmo de la menta, del hinojo y del comino, mientras que abandonáis la justicia, la fe y la misericordia!* » No olvidó Jesús rasgo alguno del orgullo que les caracterizaba, de su dureza y de su avaricia, ni tampoco los crímenes de sus padres, asesinos de Profetas, ni los crímenes de que ellos eran responsables en el porvenir como perseguidores de su Iglesia. « *Acabad y llenad la medida, les decía; vosotros, serpientes, raza de víboras, ¿cómo habéis de evitar el ser arrojados al fuego eterno? Quiero enviaros Profetas, sabios é intérpretes de la Ley, ¡y á algunos de ellos les condenaréis á muerte y les crucificaréis, y á otros azotaréis en las Sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad, á fin de que recaiga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra!* »

Mas como la vehemencia de ese discurso del divino Maestro era todavía un movimiento de su ternura, no pudo terminarle sin expresar el sentimiento y la compasión que le inspiraba el castigo de Jerusalén, cómplice desgraciada de estos perversos fariseos, y por eso exclamó : « ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas los Profetas, cuántas veces he querido reunir tus hijos, como la gallina recoge sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste! Ve ahí que tu morada te quedará desierta, porque tú no me verás más hasta que digas : ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! »

Después de haber pronunciado ese discurso, estaba Jesús sentado al pié del sitio donde los que visitaban el Templo dejaban sus ofrendas. Los ricos daban mucho; pero vino una pobre viuda que depositó solamente dos monedas del menor valor, y este acto le consoló; y llamando á sus discípulos, les dijo : « *Ved cómo esta pobre viuda ha dado más que los otros, porque los otros han dado de lo superfluo, mientras que ella, en su indigencia, ha dado todo lo que la quedaba para vivir.* » Cuyas palabras son un excelente comentario de la precedente maldición contra los que pagaban el diezmo de las cosas más pequeñas, no porque ellos le deban pagar, sino por su ostentación y fastuosa vanidad, y también porque se olvidan de la caridad.

Esta fué la última instrucción pública que hizo Jesús, y también la última vez que se apareció en el Templo, del cual salió para nunca más volver á entrar. Luégo que estuvo fuera quisie-

ron sus discípulos hacerle admirar la belleza del edificio, y tal vez se propusieran con eso el inducirle á revocar y derogar la ruina á que le había condenado y que parecía estar contenida en estas palabras : « *Hé aquí que tu casa se quedará desierta.* » Ellos hablaban de la magnificencia que había en el Templo y de la solidez con que estaba construido : « *Ved, Maestro, dijo por fin uno de ellos; ¡mirad qué piedras, qué cimientos!* »— « *En verdad,* respondió Jesús, *vendrá un tiempo en que de todos estos grandes muros que vosotros véis allí, no quedará en ninguno piedra sobre piedra.* » El decreto era definitivo, y la sentencia estaba dada en términos absolutos é incondicionales; y efectivamente tuvo su ejecución, pues cuarenta años después, los romanos arrasaron el Templo, y cuatro siglos más tarde, los obreros que envió allí Juliano el Apóstata para reedificarle arrasaron y destruyeron sus cimientos.

Habiendo llegado Jesús al monte Olivete, se sentó mirando al Templo, y describió á los Apóstoles, según se lo habían éstos suplicado, las señales precursoras de la ruina de Jerusalén y del fin del mundo, y resumió y terminó esa instrucción con la descripción del juicio final. La influencia decisiva que atribuye á las obras de misericordia, hijas de la fe, en los motivos de la sentencia que decidirá para siempre la suerte de cada uno de los mortales, atestigua la ternura y compasión de su corazón para con los huérfanos y los pobres enfermos, hasta entonces inhumanamente tratados y abandonados; y las palabras que se

ponen á continuación serán uno de los grandes resortes y elementos de la humana sociedad:

«Cuando el Hijo del Hombre venga ostentando su majestad, acompañado de todos los ángeles, se sentará sobre el trono de su gloria; y estando todas las naciones reunidas delante de su presencia, á la manera que un pastor separa las ovejas de los cabritos, así hará también una separación, y colocará las ovejas á su derecha y los cabritos á su izquierda. Entonces el Rey dirá á los que están á su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde la creación del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estaba sin albergue, y me hospedasteis; desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en prisión, y me consolasteis.

«Los justos preguntarán al Señor: ¿Cuándo os hemos visto nosotros con hambre, y os hemos dado de comer; teniendo sed, y os hemos dado de beber; estando sin asilo, y os hemos albergado; desnudo, y os hemos vestido; enfermo, y os hemos ido á ver; en la cárcel, y os hemos visitado? Y el Señor les contestará que cuantas veces hayan practicado esas obras buenas á favor de uno de los más pequeños fieles que creían en Él, otras tantas le habían servido á Él.

«Luégo, volviéndose el Rey á los que están colocados á su izquierda, les dirá: Retiraos vosotros de mí, malditos, y andad al fuego eterno que fué preparado para el demonio y sus án-

geles; porque tuve hambre, y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; estaba sin asilo, y no me albergasteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; y estuve enfermo y encarcelado, y no me visitasteis. Al oír esto, preguntarán: Señor, ¿cuándo os hemos visto con hambre ó sed, y no os hemos dado de comer y de beber; ó sin asilo, desnudo, enfermo ó en la cárcel, y no os hemos auxiliado? Y Jesús les responderá: En verdad os digo que tantas veces cuantas habéis omitido el hacer esas obras á favor de los pequeñuelos que creen en mí, otras tantas os habéis negado el hacerlas por mí. Después de aducidas esas razones y fundamentos de la sentencia, los que están á la izquierda entrarán en los suplicios eternos, y los justos, que están á la derecha, entrarán en la vida eterna.»

En el umbral de su pasión y muerte fueron pronunciadas por Jesús estas consoladoras palabras, como un legado real que hacía por toda la duración de los siglos á la multitud de los pobres, indigentes, enfermos, cautivos y desamparados; y así como Moisés al herir la roca hizo brotar de ella raudales de agua, así también esas palabras de Jesús, penetrando en el corazón, han dejado abierto en él un río de limosna y de misericordia que, extendiendo sus purísimas aguas por la sociedad, ha salvado innumerables pecadores y consolado á muchos afligidos y menesterosos.

En seguida dijo Jesús á sus discípulos: «*Vosotros sabéis que la Pascua se celebrará dentro de dos días, y que el Hijo*

del Hombre será entregado para ser crucificado.» Esto pasaba el martes por la tarde, y el día siguiente, miércoles, le pasó Jesús en el monte, ocupado en santo retiro y ejercicio espiritual, á fin de prepararse á morir. En ese mismo día, los príncipes de los sacerdotes, los doctores y los ancianos se reunieron en concilio para estudiar y ver cómo se apoderarían de Él, puesto que habían resuelto ya el hacerlo sin tardanza; pero la actitud y sentimiento público les tenía inquietos, y juzgaban que la prisión de Jesús produciría un levantamiento en el pueblo, y que, por lo tanto, no sería posible prenderle hasta después de la Pascua, en que la multitud de extranjeros hubiese salido ya de la ciudad para volverse á sus casas. Estando así las cosas, ocurrió un suceso que ellos no esperaban, y que les obligó á precipitarlo todo para ejecutar su propósito. Judas, uno de los doce Apóstoles, se presentó á los jefes de los sacerdotes para tratar con ellos acerca de la libertad y la vida de su Maestro, y les dijo: «¿*Queréis darme, y yo os le entregaré?*» Y convinieron en darle treinta siclos de plata, por cuya cantidad Judas se obligó á entregarles á Jesús sin que el pueblo tuviera noticia de ello. Treinta siclos de plata equivalían casi á veinte duros de nuestra moneda, y era la multa que, según el código judaico, debía pagarse por la muerte inferida á un esclavo. En todo esto se cumplía á la letra lo que había predicho el Profeta Zacarías: «*Ha sido reputado como un esclavo, y su precio se fijó en treinta dineros.*»

LA PASCUA

Era la Pascua la gran solemnidad religiosa de los judíos, que había sido instituida por el mismo Dios para que sirviera como recuerdo del beneficio que había dispensado á Israel, librándole de la cautividad de Egipto, y como una imagen y representación de gracia extraordinaria que Él quería hacer á toda la humanidad, librándola de la esclavitud del pecado por medio del sacrificio de su Unigénito Jesucristo. Todas las ceremonias de la antigua Ley eran símbolos y figuras de esa singular gracia, y formaban una verdadera profecía de esta segunda libertad, á la que aspiraba el mundo entero. El punto principal de la Pascua era la inmolación y la comida del cordero; y este cordero, degollado en el Templo conforme á un rito escrupulosamente observado, recordaba aquel otro cordero que los judíos habían comido de pié, ceñida su cintura, con el báculo en la mano, preparados para el viaje en el momento de su salida de Egipto, ó, mejor dicho, al pasar del país de esclavitud á la tierra de libertad; y por esa razón la fiesta con que se conmemoraba tan dichoso acontecimiento se llamó *Pascua*, que significa *tránsito*. La sangre del cordero había sido la señal de salud para todos los primogénitos de Israel, cuando fué enviado por Dios el ángel exterminador para matar á todos los primogénitos de los egipcios; y á la vez que el cordero pascual consagraba